

alcanzan á engañarse unos á otros; porque una de las mayores desgracias del linaje humano es que cada uno ve todas las faltas de los demas y no conoce las suyas.

Calló Julia, y su prometido esposo no halló por el pronto frases con que contestarle: el desencanto habia abierto sus ojos; habia caido de ellos el velo del entusiasmo, que hasta entónces los habia cubierto: la razon de Julia habia despertado la suya, ó más bien, le pareció que aquella mujer jamas podria ser, á pesar de su débil apariencia, la amante ciega y sumisa, sino el juez severo, aunque silencioso, de todas sus debilidades.

De repente, toda la idealidad, toda la viveza, toda la gracia de la jóven desaparecieron de su vista como si una mano aleve se las hubiera robado.

VII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Julia vencía; pero el amor huía del corazón de Rafael, confuso, lloroso y avergonzado.

Mme. Blanford lo presintió así con el instinto del alma, que hacía de ella una criatura tan superior á la generalidad de su sexo; sin embargo, guardó silencio: esperaba aún: creía que Rafael iba á prometerle un amor generoso y desinteresado, que nada exigiese, y que diese consuelos, puesto que la encontraba tan desgraciada.

Pero no sucedió esto. Rafael, despues de un rato de silencio, en el que reflexionó profundamente, dijo con acento perfectamente tranquilo y que contrastaba de un modo muy extraño con sus palabras:

—¿Es decir, Julia, que renuncias á mí?

La jóven le miró asombrada; luégo respondió con voz alterada y affigida:

— No; renuncio sólo á ser culpable y á hacerte desgraciado.

—¿Y crees ser más dichosa viviendo al lado de tu marido?

—Nadie es completamente infeliz cumpliendo con su deber.

—Sin embargo, ¡ahí te quejas amargamente de tu suerte!

Y Rafael, al decir estas palabras, señaló el manuscrito que Julia dirigía á su padre.

—¡Es verdad! respondió Mme. Blanford.

—Y dices en él que me amas.

—¡Es verdad! repitió Julia con acento bajo y trémulo.

—¿Por qué, pues, rehusas seguirme?

—¡Porque mi deber es estar aquí!

—¿Crees acaso que es más noble vivir bajo el techo de tu esposo, engañándole, que vivir á mi lado? ¿Te parece que soportando su abandono y sus ultrajes compras el derecho de amarme y de consentir en que te ame? ¡Eso es más vil y más infame que romper tú misma esos lazos que te ahogan!

—¡Sí; eso sería vil é infame, y por lo mismo no lo haré! respondió Julia con vehemencia; no descenderé hasta el engaño, hasta la traicion, ni recurriré á una fuga vergonzosa de mi hogar; ¡seguiré en él, y moriré, si es preciso, mártir de mi deber!

—Pero, desgraciada, ¿y tu talento? ¿Puedes acaso disponer de él á tu antojo? ¿No sabes que Dios te lo ha concedido, y que olvidarte de él es ofenderle?

—Dios ha dicho: *El que me ame, tome su cruz y sígame.*

—¡Pero esa cruz te matará! El martirio á que te condenas es oscuro y sin gloria: ¡tu marido, el día que

quiera, te condenará á la inaccion, envidioso de tu talento!

—Dios y yo sabemos que existe, y eso basta para consolarme.

—¿Conque nada puede convencerte?

—Nada. Escucha: si yo huyera contigo, serías dichoso algunos dias, algunos meses quizás, gracias á esa feliz dureza de corazon, que hace que el hombre prefiera á todo su propio placer y el triunfo de su vanidad; yo no lo sería pasado el primer momento de alucinacion y de embriaguez, porque hay en nosotras más pureza de sensaciones y de afectos; el mundo diria: «Esa mujer no tiene pudor»; pero yo diria: «¡No tengo honra, ni hogar, ni nombre en el mundo!»

—¿No tendrías el tuyo, que ya es tan glorioso?

—Nada tiene que ver la gloria con la honradez; es una miserable vanidad el decir que los grandes genios necesitan de *grandes pasiones*, que no son otra cosa que culpables extravíos; tras de la artista está la mujer, que debe ser siempre pudorosa y honrada, si su gloria ha de ser durable y verdadera; porque esta gloria Dios la da, y la da sólo á los buenos, por lo mismo que es un trasunto de las recompensas celestes.

—¡Ah! exclamó Rafael; ¡qué empeño teneis las mujeres en mezclar á Dios en todas las cosas terrestres!

—Pues ¿dónde no se halla Dios? preguntó Julia elevando al cielo, que se veia por el balcon abierto, sus hermosos ojos; ¿dónde se deja de ver su mano providente? ¿dónde no brilla su justicia? Miserables mentiras son decir que los malos son los más dichosos; que

las mujeres que ceden á todas sus pasiones y á todos sus caprichos son las más amadas; la conciencia no calla jamas y no deja sueño ni reposo á los culpables; tras de la opulencia hay inmensas penas y rudos afanes; y si pudiéramos ver el corazón de cada uno de los que juzgamos felices, su aspecto nos llenaría de pavor; sólo en los afectos legítimos está la dicha; esos lazos que el amor forma, ¿qué son sino remedos imperfectos del matrimonio? Los que así se unen, nosotros, si yo accediera á tus deseos, ¿debíamos renunciar á todo sacrificio, á las buenas formas, á la abnegacion? ¿No nos consideraríamos obligados, para conservar respectivamente nuestro amor, á sufrirnos mutuamente esas mil contradicciones de la vida íntima, á halagarnos, á ser tolerantes, afables y pacientes? Pues nada más exige una union bendecida por el sacerdote y aprobada por el mundo.

—Luego ¿me aconsejas que me case?

—No me atrevo á aconsejarte nada; sólo te ruego que me mires como á tu hermana, y que hagas por que se borre de tu memoria lo que mi mano escribió hace poco á tu padre, y que tú has leído á mi pesar.

Calló Julia, y volvió á reinar el silencio.

Rafael estaba vencido y habia perdido de un golpe todas sus ilusiones.

La mujer razonable no es buena para amante.

Si Julia hubiera sido la esposa de Rafael, hubiese éste hallado adorable su modo de discurrir; como aspiraba á que fuese su querida, le ofendia altamente.

—Señora, dijo volviendo á tomar con una facilidad

algo grotesca el lenguaje de simple conocido: el amor que puede razonar con tanta calma y exactitud es muy tibio, dado caso que se pueda conceder su existencia: la passion nada ve: salta por encima de todos los obstáculos, sin hacer de ello un mérito, sin conocer su sacrificio. Veo, pues, que esas líneas han sido producto de un sueño de su imaginacion, y que yo he alimentado esperanzas vanas durante mucho tiempo; me casaré con Adelina.

—Pero ¡eso sería odioso! exclamó Julia: acaba V. de decirme que no la ama..... que esa inocente criatura le servia de pretexto para acercarse á mí..... ¿no ha dicho V. eso?

—Ciertamente; sin embargo, estoy decidido á casarme con ella, y me casaré.

—Pero ¿no ve V. que va á hacerla desgraciada?

—¿Por qué razon? ¡Ella me ama!

—Es cierto; pero ¡eso no basta para su felicidad!

—¿Por qué no? Tengo algunas pruebas, y una muy reciente, para saber que las mujeres viven sólo de ilusiones, dijo Rafael con amargura; si ella sigue persuadida de que la amo, será feliz.

—¡Es que yo le diré la verdad! ¡toda la verdad!

—De ese modo, V. será la que la haga desdichada.

—¡Yo!

—Sí, por cierto; soy el primer hombre á quien ella ha amado, y no me olvidará fácilmente.

Unos pasos ligeros y el ruido de un vestido de seda, que se oyó en la antesala, detuvieron las palabras que iban á salir de los labios de Julia; la puerta se abrió, y Adelina, risueña y con las mejillas bañadas de un lindo color de rosa, apareció en el umbral.

Detras de ella se veía la elevada estatura de Diego, que confundió á Rafael y á su mujer con una sola y recelosa mirada.

El pintor se levantó para saludar á Adelina, en tanto que Julia guardaba apresuradamente el manuscrito, sin que por eso consiguiese ocultarlo de la mirada de su esposo.

—¡Qué! dijo éste al ver que Rafael no volvía á sentarse, ¿se habrá V. asustado, querido amigo, con nuestra llegada? ¡A saberlo, no hubiéramos entrado ahora!

—Iba á retirarme ya, respondió Rafael, pues madame Blanfort me habia otorgado lo que deseaba.

—¿De véras? ¿Y se puede saber lo que era? preguntó Diego con una sonrisa sardónica.

—Sí, por cierto, respondió Rafael; le pedía que fijase el dia de mi enlace con Adelina.

—¿Y lo ha hecho?

—Ha señalado, salvo el parecer de V. y de mi linda prometida, el dia primero del próximo mes.

Al oír estas palabras, Adelina se arrojó en los brazos de Julia y la besó con una alegría llena de ternura; pero separó al instante su linda carita del pálido semblante de aquélla, y murmuró:

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que tienes, que estás tan descolorida y tiemblas tanto?

—Nada..... no tengo nada..... un vahido..... un poco de mareo, respondió Julia, que al escuchar que Rafael se iba á ligar para siempre á Adelina no pudo reprimir un estremecimiento doloroso.

—Es que se alegra de tu dicha, querida mia, dijo

Diego; Julia y yo no podemos permanecer indiferentes al verla tan cercana.

—Sólo faltan veinte dias para tu casamiento, añadió Julia, que ya habia tenido tiempo de recobrase.

—¡Oh, sí! ¡Como que estamos á diez! exclamó Adelina, que en su entusiasmo volvió á abrazar á Julia.

—Dentro de veinte dias estarás casada, en efecto, dijo Diego, y éstos es forzoso que se empleen en los preparativos de los trajes; vé á ver á Natalia.

—No, no, respondió la niña mirando á la esposa de su hermano; se hará lo que Julia disponga.

—Pero, querida mia, dijo Julia, es preciso que participes tu matrimonio á tu hermana.

—Se lo escribiré.

—¿Por qué no has de ir tú misma?

—Me hará quedar á comer con ella, y no quiero.

Rafael se levantó y se despidió de los dos esposos, besando luego la mano de Adelina, que le acompañó hasta la puerta de la estancia.

Entre tanto Diego decia á su esposa:

—Querida Julia, así que se case Adelina saldremos para Madrid.

—Está bien, respondió la jóven.

Y añadió para sí, levantando los ojos al cielo:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Tu infinita bondad me aparta de él!

VIII.

CORRESPONDENCIA.

Natalia á Lucila.

París y Junio de 184....

« Muy pocas veces me escribes, querida mia, y yo lo hago con mucha frecuencia, lo que es un mentís para todos aquellos que dicen que las actrices no tenemos corazon, ó que lo perdemos al pisar el escenario de un teatro: yo te amo hoy lo mismo que te amaba.

» ¿Qué te haces tú en esa pobre casita, que habitas en Madrid, situada en un barrio solitario y triste? Es verdad que ya tienes dos hijos; es verdad que amas mucho á tu marido, á tu Carlos, que es el hombre más hermoso de todos cuantos yo he conocido: ¡oh! y esto no es una lisonja que yo dirijo á él ó á tí, no; es la verdad, nada más que la verdad. Carlos es hermoso, con una belleza varonil, suave y expresiva al mismo tiempo, y no me admira tu amor por él; para ser franca, áun te diré otra cosa que, conociendo mi carácter rudo, creo que te hará reir y no te ofenderá.

» Me admiro mucho más de que él te ame á tí, y de

que á su edad sea dichoso contigo y con sus hijos, que de que le ames tú.

» Carlos se casó contigo siendo un niño; un hermoso niño, tierno, suave, poético; tú le llevas tres ó cuatro años; eres agraciada, pero no bonita; tu carácter es grave, austero, exigente; él necesitaba en su casa más dulzura y más alegría; más de esa cosa que llaman los poetas que me rodean *lux doméstica*.

» Dirás que discurro muy bien; que me he vuelto poética como tu marido, ¿no es verdad? pero ¿qué remedio? todo el dia estoy rodeada de literatos, quienes al fin me harán creer que tengo talento.

» Esto es raro, lo conozco; pero á fuerza de oirlo decir, á fuerza de oirles hablar á ellos un lenguaje culto, elegante, creo que se me va pegando algo, como vulgarmente se dice y como yo hubiera dicho ántes.

» Ahora, hablemos del asunto que más me interesa, y por el que te escribo; los demas asuntos vendrán luégo, pues son más pequeños que éste; oye con atencion.

» Me caso, y me caso con un banquero rico, riquísimo, si bien es bastante viejo; tiene sesenta y ocho años y se llama Saint-Etienne, es decir San Estéban en nuestro idioma nativo; es bastante bobo, y yo le he conquistado fácilmente siguiendo los consejos de dos ó tres periodistas de chispa, amigos míos; ¿y sabes cómo, querida Lucila? Ponderando su elegancia, su dignidad, su cortesía, su generosidad, para lo cual no me falta motivo en verdad, pues apenas se pasa dia sin que me haga un magnífico regalo.

» Ya es un vestido con volantes de encaje, hecho por la mejor modista de París.

» Ya es un aderezo de rubies, que, segun dice, está maravillosamente con mi tez morena y mis ojos negros.

» Ya es un chal de cachemira de gran precio.

» Ya un sombrero delicioso.

» En fin, yo visto ya como si fuera Mme. de Saint-Etienne, y mi casa está amueblada con una magnificencia casi régia.

» Por todas partes hay muebles tallados, cómodas antiguas, cuadros de gran mérito; parte de estas cosas las compra para mí el viejo banquero; otras me las envía de su casa, porque yo cada visita que le hago— algunas veces voy á verle— le pondero lo mucho que me gusta todo cuanto apetezco para mí, y estoy segura de poseerlo al dia siguiente.

» ¿No te admira el rápido cambio de mi fortuna? Apénas creo yo en él, ¡yo, que le toco, que le disfruto! y todo esto, gracias á la proteccion de mis amigos, á sus consejos llenos de desinterés; porque, ¿qué me deben á mí? algunas complacencias bien sencillas; algunas entradas para el teatro; algunas cenas en mi casa; algun lugar en mi coche; nada más.

» Y estos buenos amigos, estos periodistas, estos literatos, me han ayudado á cazar, como ellos dicen, á mi banquero, con quien estaré casada dentro de un mes á lo más.

» Veo, pues— y tú convendrás conmigo— que el talento no consiste en ser eminente artista, sino en ser

eminente intrigante; al ménos éste es el talento que hace fortuna; es decir, el lucrativo, el verdadero.

» En apoyo de lo que te digo, te voy á poner un ejemplo; el ejemplo de mi cuñada Julia.

» Ella tiene un talento divino para la pintura; buena prueba es su magnífico cuadro, que todo París ha ido á contemplar; he oido hablar con entusiasmo á muchos hombres de gran mérito acerca de esa creacion, que llaman celestial; hay muchos que ansian conocer la autora, tratarla, rendirle el homenaje de su admiracion; y sin embargo, aquí la tienes viviendo en una casita pobre, enferma, abatida, maltratada por mi hermano, que ha dejado de amarla, y encastillada en su virtud sin mancha.

» Y no es esto todo; todavía hay otro ejemplo que aducir en apoyo de mi opinion acerca de cuál es el talento que más vale y más aprecia la sociedad.

» Julia tiene una amiga escritora; escritora de mérito, pero sin fama; su padre, español, se casó con una francesita, oficiala de modista en Madrid, siendo él tambien oficial de no sé qué regimiento; inutilizado poco despues á causa de várias heridas que habia recibido, su esposa le convenció de que debian marchar á París, donde con su habilidad para sombreros y adornos hallaria colocacion en algun taller y la pagarian bien; habia venido á España con su madre para probar fortuna; pero muerta ésta, y casada ya, empezó á suspirar por este brillante París, eden de los franceses; su marido, que no podia darle de comer, accedió, si bien con mucha pena, y vinieron acá, donde al poco tiempo de

llegar nació Clemencia, que es la escritora de que te hablo.

» Su madre era un ángel, y por lo mismo, no pudo sacar de la pobreza á su marido y á su hija, á los que adoraba; su trabajo excesivo la mató, empeñada en no admitir galanterías de nadie, y en sostener con el producto de sus sombreros y de sus flores la educación de su hija, sin más ayuda que algunas copias que hacía su marido; la infeliz murió tísica de tanto trabajar, de pasar las noches en vela, de no comer lo que necesitaba.

» ¡Qué premios tan dulces da la virtud!

» Clemencia fué perfectamente educada, pero prosiguió haciendo sombreros, papalinas y flores, segun habia hecho su madre; á los diez y seis años, y en casa de un médico á donde iba de tertulia con su padre las noches de los domingos, se enamoró de ella un escribiente de un ministerio; dos meses despues estaban casados y se adoraban.

» Clemencia habia nacido con eso que llaman los cándidos *talento*; es decir, que era apta, no sólo para traducir á la perfeccion el inglés, el castellano y algo de aleman, sino que escribia por distraccion, y privándose del sueño, lindas novelitas *originales*, como dicen los literatos; *sacadas de su cabeza*, como digo yo.

» Su esposo se enamoró de estas obras de su ingenio; la animó á trabajar más; le buscó un editor que imprimiera sus ensayos, pero no le halló; un amigo mio, que ha estado muy enamorado de Clemencia, y que poco á poco ha averiguado toda su historia, es el que me ha referido todo esto.

» Los editores respondian que necesitaban un nombre conocido, acreditado é ilustre ya en las letras; el más accesible le dijo:

»— Haré la tirada siempre que V. la pague y se lleve los ejemplares para regalarlos á sus amigos.

» Otro le respondió que así que se hubiera dado á conocer, no tenía inconveniente en publicarle un libro; pero que por entónces le era imposible; que estaba ahogadísimo con tanto original; que se hallaba muy comprometido con dos ó tres de los más célebres autores, etc., etc., etc.

» El enamorado esposo no desistió; siguió buscando, y tanto buscó é indagó, que una mañana entró en su casa un comisionista en bellas artes; es decir, un hombre que, á módico precio, se encarga de proporcionar á los libreros buenos manuscritos, y á los almacenistas de cuadros, lienzos de primer orden, que luégo venden á precios fabulosos; tambien compra partituras de músicos desconocidos, que vende á los que tienen tienda de música, y dicen que no pocas veces un pobre autor ve su obra firmada por un autor ilustre y conocido, que ha vendido su firma al editor para atraer al público.

» Ahora hago un paréntesis para preguntarte; querida mía, qué otra cosa es este mundo que un comercio, y si no es un necio el que no compra y vende.

» Segura de que me das la razon, prosigo.

» El comisionista se llevó—como muestra—una de las excelentes traducciones de Clemencia, y le dió por el manuscrito veinticinco francos. Luis se empeñó en que se comprára con ellos un sombrero; y como sólo tenía

diez y siete años, se creyó, al mirarse al espejo, muy recompensada.

»Ocho dias despues recibió tres ejemplares de su traduccion, bien impresa y encuadrada con bonitas cubiertas de color. En la portada estaba el nombre del autor con letras gruesas; y debajo, con letras iguales, decia:

Traduccion de Mme. Clemencia Merval.

»Los jóvenes esposos pensaron volverse locos de alegría, y su padre se volvió lelo de gozo lo ménos durante un mes.

»Al dia siguiente de enviarle los ejemplares, fué el comisionista en busca de una obra original. Clemencia le dió uno de sus pequeños ensayos, y aquél le dejó sobre la mesa otros veinticinco francos.

»Estos se emplearon en comprar una camisa y una corbata para Mr. Merval, que ya necesitaba de ambos objetos.

»Clemencia dejó de hacer sombreros; ganaba más con la pluma, y ademas ganaba gloria; pero perdía la vida, condenada á discurrir, con gana ó sin ella.

»Un año despues de publicarle sus manuscritos el comisionista, Clemencia quedó viuda, y esto le costó una enfermedad de ocho meses, porque adoraba á su esposo.

»A no ser por su pobre padre, hubiera muerto de pesar.

»El comisionista tenía un hijo, romántico y algo poeta; leyó las obras de Clemencia y se enamoró de ella: hizo que su padre le presentára en su casa, y al verla se enamoró mucho más y le declaró su amor.

»Ella le dijo que no podia corresponderle, y él insistió por espacio de dos años.

»Al fin, un dia, cansado de insistir, encargó á su padre que ofreciese á Mme. Merval, por la postrera vez, su mano y su caudal. Clemencia se negó, como habia hecho siempre; el padre se enfureció por su hijo y por él, y declaró á Clemencia que no le compraria más manuscritos, y que podia buscar quien se quedase con el que estaba concluyendo.

»Hé aquí á la pobre Clemencia, encastillada en su virtud, como su amiga Julia, de la que es vecina, y como ella pobre, desolada, olvidada de todos, y sin embargo, dotada de gran talento.

»¿No le valia más haber aceptado al hijo del comisionista, que es rico y tonto, que hubiera gastado gran parte de su caudal en dar publicidad á las obras de su esposa, y despues haberse dejado hacer la córte por todos los literatos de primer órden de París?

»De este modo todos hubieran ayudado á su fama: su marido y sus adoradores.

»Así todos la olvidarán, y el hambre y la afliccion serán la recompensa de su virtud y del respeto que guarda á la memoria de su difunto.

»Yo no valgo nada, lo sé, lo conozco; el papel de más facilidad me cuesta un ímprobo trabajo para aprenderlo; sin embargo, salgo á la escena, muevo los ojos de cierto modo, enseño el pié, lanzo algunas miradas y algunas sonrisas á las butacas de orquesta y á los palcos de hombres solos, y por mal que trabaje, me aplauden á rabiar.

»A la salida, cenamos en mi casa; jugamos un poco;

presto dinero á los que pierden; alabo á los que ganan: tengo algunas amigas alegres, y á las tres de la mañana mis *amigos* escriben cada uno en su casa estas ó parecidas cosas:

«Natalia ha estado inimitable. ¡Qué gracejo! ¡Qué donaire! ¡Con qué pasión declama! ¡Qué elegancia en su traje! ¡Qué voz tan simpática! ¡Una vez más hemos salido hechizados de esta notabilidad irremplazable! ¿No podrémos abrigar la grata y justa esperanza de verla en la Comedia Francesa?»

»Y cree que, á no ser porque mi casamiento me obligará á dejar la carrera, el año que viene hubiera tenido un brillante ajuste en el teatro donde tantos triunfos han alcanzado Hipólita Clairon y otras reinas del arte. Este es el talento de saber vivir, el principal, el mayor de los talentos.

»Acabaré esta carta, demasiado larga ya, dándote algunas noticias de segundo orden.

»Mi hermana Adelina se casa con un pintor, que ama á Julia y que gana bastante.

»Mi hermano va perdiendo la vista.

»La condesa de Montalvan, prima del futuro de mi hermana, y la que me hizo ajustar en la Gaité, está arruinada, y dicen que sale de París; vaya con Dios; ya no me recibe, pero no me importa, pues que para nada la necesito.

»Clemencia, segun dicen, se va á América, sin duda á probar fortuna literaria.

»Julia y su marido irán en breve á ésa, segun mis últimas noticias.

»Ahora, adios: llevas cuatro pliegos de letra muy menuda; contéstame, porque ya deseo mucho tener carta tuya; un beso á los niños; da mis afectos á Carlos, y cuida de sus amistades femeninas, porque estoy cierta de que te lo envidian muchas. Te abraza tu amiga

NATALIA.»